

Los frentes de *Historia de Chucho el ninfo*

The frontiers of Historia de Chucho el ninfo

Adso Eduardo Gutiérrez Espinoza*
Janitzio Alatraste Tobilla*

Resumen: El artículo analiza la figura de Chucho, protagonista de *Historia de Chucho el ninfo* (José Cuéllar). Se realiza mediante la exploración de dos frentes, la influencia de la moda francesa y la representación del afeminado, sin olvidar la figura del pollo. Se concluye que Chucho encarna la figura del “pollo”, una construcción satírica basada en el petimetre y el afrancesamiento, realizada por Cuéllar, y no se acerca a la representación contemporánea del homosexual, a pesar de que el concepto surgió en el siglo XIX.

Palabras clave: Pollo, Petimetre, afeminado, afrancesamiento

Abstract: *The article examines the character of Chucho, the protagonist of Historia de Chucho el ninfo by José Cuéllar. This analysis focuses on two main aspects: the influence of French fashion and the representation of effeminacy, while also considering the figure of the pollo (young man characterized by exaggerated affectation). The article concludes that Chucho embodies the figure of the pollo, a satirical construct based on the petimetre and French influence as portrayed by Cuéllar, which does not align with the modern representation of homosexuality, despite the emergence of the concept in the 19th century.*

Keywords: *Pollo, Petimetre, effeminate, Frenchification.*

* Universidad Autónoma del Estado de México, Facultad de Artes, México, adsogutierrez@gmail.com y janitziobyn@gmail.com.

RECEPCIÓN: 19/02/2025

ACEPTACIÓN: 20/05/2025

Introducción

Historia de Chucho el ninfo, de José Tomás de Cuéllar, explora con agudeza dos temas clave de la sociedad mexicana del siglo XIX: la influencia de la moda francesa y la representación del afeminado. A través de la figura de Chucho, un personaje que encarna las tensiones entre lo nacional y lo extranjero, Cuéllar satiriza a la aristocracia mexicana obsesionada con las tendencias europeas. Al mismo tiempo, ofrece un retrato ambiguo del ninfo o afeminado, cuya identidad desafía las convenciones de género de la época. Estos dos frentes se entrelazan, revelando una crítica mordaz a la superficialidad social y los comportamientos de los jóvenes.

La figura del *ninfa* o afeminado, que se representa en Chucho, desafía las normas tradicionales de la masculinidad; expone un contraste con el *pollo*, figura de joven masculino que Cuéllar describe como superficial y vanidoso, pero adherido a un ideal viril. A través de este análisis comparativo, se examina cómo la moda francesa define el comportamiento y la apariencia, y cómo se piensa el afeminado y el pollo. Así, *Historia de Chucho el ninfa* invita a reflexionar sobre cómo las influencias extranjeras y las construcciones de género interactúan para definir la identidad social en el México decimonónico.

Los críticos literarios y estudiosos sobre la teoría queer en México sitúan *Historia de Chucho el ninfa* como antecedente de la novela con temática homosexual (Gutiérrez, 2010; Monsiváis, 2013). Carlos Monsiváis (2013) advierte que la descripción de Chucho coincide con la del homosexual, aunque no se indica la existencia de sodomía.¹ Supone que el tratamiento del personaje, a pesar de ser satírico, es cuidadoso para no ofender a los lectores de la época, quienes no admitirían tales aberraciones en un impreso y menos en una novela folletinesca.

León Guillermo Gutiérrez (2010) teoriza que *El diario de José Toledo*, escrito por Miguel Barbachano Ponce, inaugura el tema y la configuración del sujeto y del discurso homosexual masculino. No obstante, advierte la pobreza de la historiografía al respecto en la literatura mexicana. Ni Gutiérrez ni Monsiváis no proporcionan elementos que permitan conocer las razones para considerar a la novela de Cuéllar como antecedente del tema homosexual.

Por otro lado, José Ricardo Chaves (2018) indica que uno de los referentes literarios de este tipo de novela es el cuento *Manolito el pisaverde*, escrito por Ignacio Rodríguez Galván y publicado en 1838. La obra presenta a un joven andrógino llamado Manolito, quien atrae a hombres y mujeres por igual. Él asiste a un baile local y, conforme avanza el cuento, revela la historia de un extranjero casado que contrae nupcias con una mujer del lugar. En realidad, Manolito es María, la primera esposa del extranjero, y fue a buscarlo para pedirle que vuelva a

casa. Además de ser un referente literario importante, ese cuento presenta una de las primeras manifestaciones de travestismo en la narrativa mexicana moderna.

Durante el Siglo de Oro se produjeron los sainetes, el entremés y la mojiganga, que son piezas de teatro breves de carácter cómico y popular —algunas de ellas magníficas obras satíricas—. Éstas se intercalaban como descanso en representaciones de mayor extensión y su función era reducir la tensión en el público, mediante el humor. En estas piezas teatrales, se llegaron a presentar personajes afeminados para ridiculizar al colectivo que representaban —por ejemplo, un grupo profrancés—. En este sentido, la figura del afeminado solía usarse para ridiculizar y, al mismo tiempo, defender una opinión o postura, desde la sátira.

¿Es posible considerar estas expresiones como antecedentes de la llamada novela con temática homosexual? Antes que nada, importan unas cuantas precisiones. Al pensar la novela con temática homosexual, se entiende que todo lo expuesto y narrado gira en torno a esa figura (es decir, un personaje homosexual, muchas veces masculino) hasta cuestiones más relacionadas con la sociedad, la cultura y la sexualidad —por ejemplo, novelas que aborden los problemas que enfrenta un homosexual cuando se asume como tal.

Por otro lado, esta categoría se piensa desde la crítica contemporánea, que no está mal porque finalmente son acercamientos a los fenómenos literarios. El problema radica cuando no se consideran las diferencias entre el concepto como el lector contemporáneo lo entiende, y los vocablos que pudieran emplearse en la época de estudio. Dicho de otra forma, el concepto *homosexual* no se parece en cómo se pensaba este tipo de comportamientos y relaciones en los siglos anteriores al XIX.² Los lectores de esos años pensaban la sexualidad en términos de procreación y preservación, por tanto, su concepción de *contra natura* se opone a la reproducción humana.

Si se piensa desde la forma, la obra teatral y la novela tienen elementos que coinciden —por ejemplo, el uso del diálogo para la comunicación, incluso hay novelas como *El beso de la mujer araña* que dependen de él para su funcionamiento—, pero no siempre es así. Si se piensa desde el contenido, pudiera funcionar, siempre y cuando se considere a la figura del afeminado, el homosexual y el pecado de nefando. Sin embargo, importa atender la singularidad de los textos para comprender cómo construyen sus relaciones con otros, así como su multiplicidad.

Habría que detenerse en las relaciones de forma y contenido entre ambas manifestaciones literarias, además de elementos externos a ellas. Con esto, se pretende evidenciar que el problema no es tan sencillo de resolver e implica evaluar tanto la tradición como las expresiones de cada una —además de considerar el llamado teatro LGTB—. También

es cierto que el teatro virreinal y la poesía prehispánica ofrecen ejemplos que ilustran el tratamiento de la figura del homosexual.

Con estos referentes, es posible abordar los frentes de *Historia de Chucho el ninfo*, que se adentra en el México decimonónico y sus relaciones con las culturas foráneas, en particular la francesa.

La moda francesa

La moda en la novela proporciona elementos importantes para crear una representación del mundo y de los personajes, que se encuentran en una nación influida por lo europeo, en particular la cultura y las ideas francesas.

Llevaba don Pedro un grande corbatín, chaleco blanco de piqué, un gran prendedor de diamantes en la aletilla de la camisa, una corta cadena con sellos de topacio en el reloj que salía bajo la extremidad del chaleco. Vestía un frac negro, exhumado hacía pocos días de la cómoda y puesto en exhibición algunas horas, para que abandonara el tufo de alcanfor, que es contra la polilla, y el día 24, en fin, el frac había sido cepillado por doña Rosario en persona, con un cepillo humedecido con agua de colonia (Cuéllar, 2017: 75).

A diferencia de los períodos anteriores al siglo XIX, la indumentaria masculina es sencilla y sobria, con colores neutrales y lejos de los excesos. El negro es el color predilecto en la indumentaria de los varones, lo solían combinar con tonalidades oscuras o pardas, aunque no dejan de lado el blanco. Ya no se emplea el calzón, común entre las cortes y la nobleza del siglo XVII, sino el pantalón liso y con diferentes estrechos, que se popularizó por su sencillez y la facilidad para mantenerlo en buenas condiciones (Ministerio de cultura, 2024b).

El uso del corbatín fue frecuente y su color servía para contrastar con el resto de la indumentaria e incluso con la piel, así como para resaltar el mentón y la cabellera. Los cuellos de los fraques y las levitas eran altos por detrás, hasta cubrir la nuca, al igual que los de las camisas, que cubrían por delante hasta invadir la mandíbula. Por lo regular, las camisas eran blancas y se usaban debajo de un chaleco y un frac (Ministerio de cultura, 2024b). En el caso de Pedro María, no se especifica el color de la camisa, pero sí el del chaleco.

El uso del chaqué y del frac era común para distintos actos sociales. A pesar de ser sobrios, los varones solían colocarse accesorios para resaltar su estatus social, desde broches y prendedores de plata y oro hasta relojes con incrustaciones de piedras preciosas (por lo regular, diamantes y rubíes) (Ministerio de Cultura, 2024a). En el caso de los religiosos, era común que llevaran escapularios y pequeñas cruces colgados del cuello, como el caso de don Pedro María:

Llevaba don Pedro María, colgado al cuello su gran escapulario bordado de oro; en la mano izquierda un mosqueador de papel de dos colores, y en la derecha una vela de cera de a media libra con una arandela de plata, que don Pedro María tomaba empuñándola, a la vez que una gran mascada de la India, flamante y abigarrada (Cuéllar, 2017: 75).

Omitiendo la vela —que pertenecía más bien al motivo religioso de la procesión de fe dedicada a la Virgen de la Merced—, el fragmento resalta el uso de accesorios, que no son excesivos —el reloj, el mosqueador y la mascada—. Entre los caballeros, era común el uso de complementos, como las bandas de órdenes civiles, las condecoraciones militares y la joyería, que servían para resaltar el estatus y el rol social (Ministerio de Cultura, 2024a). En el caso de don Pedro María, su vestimenta le permitía distinguirse y advertir su pertenencia al antiguo régimen.

Aunque en estos fragmentos no se advierte la calidad ni el tipo de materiales usados, los caballeros más adinerados utilizaron tejidos de mejor calidad, con mayor resistencia y fáciles de mantener. El algodón y la lana eran los materiales predilectos para los trajes, y el tafetán o raso para los chalecos.

En esta novela, la moda se representa bien en varias figuras, que guardan una fina ironía y burla contra un sector social que cuenta con privilegios, o bien, finge que los tiene. Al respecto, considérese este fragmento:

Con tal sanción, Pérez pagó el frac, lo envolvió en su mascada y subió el coche; paró en la peluquería de Montoriol y se hizo afeitar y rizar, y compró guantes blancos. En seguida, llegó a la casa de las señoras en donde vivía, y notició que no lo esperasen. Sacó su mejor camisa, y en breve Pérez quedó transformado en un diplomático, y en el mismo coche llegó a la casa de Elena (Cuéllar, 2017: 178).

Al respecto, hay que recordar que Pérez es pobre, a pesar de ser escribiente en un juzgado. Gran parte de sus ingresos económicos provenían de hacer favores y ser el mensajero e informante entre las familias adineradas —por ejemplo, Rosario, la mujer de Pedro María, le pidió que le informara sobre la calidad espiritual de Carlos, uno de sus yernos—. Al comparar este fragmento con la descripción minuciosa de la indumentaria de don Pedro, hay un contraste significativo, no tanto por el asunto de la cabellera, sino por la diferencia social y económica entre ambos personajes. La descripción en el segundo caso no es tan detallada, en cierta manera por la premura del personaje —organizaba un baile y a la vez le preocupaba llegar a tiempo para ir con Elena, su interés amoroso.

La figura del Pollo

El Pollo es una figura constante en la obra de José Tomás de Cuéllar. El autor articula con él una crítica social y un retrato satírico del contexto urbano decimonónico (en particular el de la Ciudad de México), y condensa, aunque en apariencia menor o caricaturesca, una serie de tensiones culturales, políticas y de clase, que caracterizan al periodo formativo del Estado mexicano. Además, dialoga con otras representaciones culturales y discursivas, tales como el petimetre, el sodomita y el afeminado.

El petimetre

El término petimetre procede del francés *petit maître*, que se traduce literalmente como ‘pequeño maestro’ o ‘señorito’. Designa a aquellos jóvenes de clases acomodadas que imitaron servilmente las modas y costumbres francesas. En la cultura hispánica, cercana al barroquismo y a la fe católica, encarnó una figura social marcada por la frivolidad, el refinamiento excesivo y la afectación, alejada del ideal masculino tradicional vinculado con el trabajo, la virtud y el deber cívico. Para la literatura conservadora y liberal, el petimetre fue uno de los temas centrales, aunque no siempre se usaba ese vocablo, sino otros como *currutaco*, *caballerito de ciento en boca*, *señorito*, *lechuguino* y *pisaverde*.

Ramón de la Cruz (1731-1794) satiriza en *El petimetre* a esta figura social y los usos de cortejo, característicos de la transición entre el Siglo de Oro y la Ilustración. El sainete evidencia tanto la afectación y el amaneramiento del petimetre como los códigos sociales, que regulaban las relaciones sociales en los círculos cortesanos. Influenciada por Italia y Francia e inicialmente adoptada por la nobleza y luego imitada por la burguesía, esta moda permitía que un hombre cortejara a una mujer casada con el consentimiento de su marido, siempre que la relación fuera estrictamente espiritual y no comprometiera la virtud de la dama. Esta moda otorgaba cierto estatus social, ya que el cortejo era símbolo de una posición elevada (Martín Gaité, 2017). Sin embargo, perdió su prestigio cuando comenzaron a surgir casos de infidelidad entre la mujer y su acompañante.

Se debía cumplir ciertos requisitos para ser acompañante o petimetre. Debía estar familiarizado con las tendencias francesas en moda, cocina, decoración y bailes, lo cual lo llevaba a pasar temporadas en París. Necesitaba suficientes recursos para impresionar a su dama y a la sociedad con regalos, atuendos y accesorios costosos, además de tratamientos de belleza que mantuvieran su apariencia acorde con los estándares de la alta sociedad.

El refinamiento de su vestuario se extendía también a su comportamiento y el trato a los demás. El petimetre frente a los nobles debía actuar afable, civilizado y alegre, incluso hablar o emplear vocablos en francés (aunque fuera masticado o mal pronunciado), mientras que debía tratar con dureza a los criados.

Este modelo también está relacionado con la pereza y la holgazanería, pues su vida, al menos en la idea en la época, se dedicaba al descanso y el acicalamiento. En conjunto con el cortejo, se desarrolló un rechazo y hasta disminución del matrimonio, así como un aumento de relaciones no legítimas ante el derecho canónico.

El término *petimetre* estaba cargado de desprecio, pues sus comportamientos confrontaban los valores de los conservadores y aquellos sin acceso a lujos similares. Este personaje, blanco de la sátira, se convirtió en símbolo del rechazo al afrancesamiento y a la frivolidad, ya que se le veía como alguien que priorizaba lo social sobre lo productivo. Esta crítica respondía a la defensa de ideales amenazados como la virtud, el honor y el trabajo digno. Conservadores e intelectuales liberales compartían su rechazo, al considerarlo una representación de la decadencia moral y política del país, y de una interpretación superficial del progreso (Martínez de las Heras, 1988).

El sodomita y el afeminado

El discurso católico sobre las relaciones entre personas del mismo sexo se fundamenta en el relato de Sodoma y Gomorra, ciudades destruidas por una lluvia de fuego enviada por Dios. Según la Biblia, esta destrucción se debió a la conducta de sus habitantes, que se interpreta de diversas formas: algunos textos mencionan crueldad, violencia y falta de hospitalidad; otros aluden a su apego a las riquezas, y otros al coito anal entre ellos e incluso con animales.

En el contexto contemporáneo, la sodomía se asocia principalmente al coito anal, sin embargo, en el pasado, el término abarcaba otras prácticas sexuales —como el sexo oral y el bestialismo— que impedían la procreación. Aunque podía referirse a relaciones entre personas de distinto o mismo sexo, históricamente se usó con mayor frecuencia para describir actos entre personas del mismo sexo.

Para Mark D. Jordan (2002: 11), la sodomía es un concepto artificial creado en la Edad Media para censurar y prohibir ciertas expresiones eróticas, con el propósito de proteger la castidad y la virtud. En este contexto, la sodomía se definió como un acto *antinatural*, una práctica centrada en el placer y opuesta a la preservación de la especie. Este enfoque lo

vincula con el pecado, especialmente con aquel cuyo carácter resulta tan abominable que no puede ser nombrado.

Los comportamientos y las posiciones sexuales atravesadas por el placer —como la masturbación y posturas diferentes al misionero— se leían bajo el pecado de nefando, a pesar de que se desarrollaran en la misma sesión procreativa. La sodomía es la corona de la pirámide, en el sentido de que es el más aborrecible de todos.

Christian eulogists of a life beyond sex displayed the glory of the Virgin Martyr. Christian persecutors of “unnatural” sex will display the horror of a whole troupe of grand sinners. Bureaucratic speech in moral theology strives to impose identities on the flickering variety of human acts and motives. [...] Sodomite is supposed to be a certain sort of person. The Christian who is committing sodomy has to become that sort of person for the moral theology to be convincing (Jordan, 2007: 78).

Diversas concepciones teológicas fundamentaron las leyes en materia de conducta sexual. Entre mediados del siglo XI y XII, la reforma fijó los pecados de lujuria como faltas graves (Solórzano Telechea, 2012: 289). Las compilaciones canónicas promovían una moral rigurosa que priorizaba la procreación sobre el placer sexual. Se condenaban actos como la fornicación, el adulterio, las relaciones sexuales con personas no cristianas, la sodomía, la bestialidad y la masturbación.

Solórzano Telechea (2012) señala que el Decreto de Graciano, como texto jurídico que buscaba darle mayor orden y coherencia al derecho canónico, considera a los impulsos sexuales como un defecto (una enfermedad) de la mente y el cuerpo. Apunta a la separación entre el cuerpo y el alma, en donde uno es la pieza mortal y terrenal (abandonable); y la otra, la trascendental e inmortal (liberable y que asciende). Por otro lado, el papel del cuerpo se mantiene como una unidad que se corrompe, tanto por la edad como por las acciones físicas y mentales que pudieran afectarlo.

¿Cuál es la diferencia entre la figura del afeminado y la del sodomita? Como se mencionó anteriormente, el concepto de sodomía va más allá de una simple prohibición del ejercicio de la sexualidad, bajo el argumento de que no es natural. Desde el enfoque de la procreación, la sexualidad se entiende solo como un medio para satisfacer el deseo carnal y el placer, que deja de lado la preservación de la especie. Sin embargo, la sodomía se amplía al asociarse con el pecado, ya que el derecho canónico busca regular el ejercicio de la sexualidad, incluso cuando se orienta a la procreación que, según esta visión, se debía limitar a la preservación de la especie a través del sexo. Este discurso predominaba en el siglo XIX, antes de la conceptualización moderna de la homosexualidad.

Al considerar únicamente el acto anal, la sodomía puede llevarse a cabo tanto por parejas heterosexuales como del mismo sexo, incluyendo el bestialismo. Desde esta perspectiva, los sodomitas son aquellos que practican el sexo anal en busca del placer, en lugar de la reproducción. Sin embargo, podría formar parte de un acto en el que la pareja heterosexual finalmente se reproduce. Esto muestra que la visión de la sexualidad en ese período no contemplaba la diversidad de las prácticas. Por lo tanto, el concepto de sodomita refleja cómo se concebía el sexo y la sexualidad en esa época.

Si entendemos la sodomía como una práctica sexual entre personas del mismo sexo, particularmente entre varones, se observa que no hay procreación, pero sí una intención de satisfacer el deseo sexual. Así, el rechazo se dirige tanto al deseo sexual como a la falta de procreación. Además, el discurso teológico considera que este acto se desvía del *deber ser* y, por ende, de lo *natural*.

Por otro lado, la figura del afeminado en el siglo XIX se transforma en una representación con un peso ideológico; no solo era el símbolo de la decadencia moral, enfatizado en la educación, sino en la extranjerización de las costumbres. Elena, la madre de Chucho, lo vestía desde siempre con trajes elaborados y eventualmente decide vestirlo de mujer —además, el niño asistía a una amiga y solía estar contento entre niñas (Cuéllar, 2017: 32)—, lo que refleja una inclinación hacia modas extranjeras y una ruptura con las normas tradicionales de género.

Elena, no obstante, veía con placer aquel desarrollo; y al notar que las formas del niño se redondeaban, abandonaba sin dificultad la idea del vigor varonil, tan deseado en el crecimiento del niño, y se inclinaba a contemplarlo bajo la forma femenil.

Elena había agotado ya todas las modas, y su imaginación se había cansado inventando trajecitos fantásticos para Chucho, hasta que un día le ocurrió vestirlo de mujer. Chucho se exhibió vestido de china (Cuéllar, 2017: 37).

A partir del argumento de Julia Tuñón (2008: 16) —la feminidad se construye en contraposición a la masculinidad como categorías mutuamente excluyentes, pero recíprocamente definidas y bajo un sistema binario—. Rico Alonso (2018: 69) señala que la configuración corporal suave y redondeada del niño se aparta, desde la mirada y el deseo de Elena, del ideal de vigor viril que corresponde al modelo hegemónico de masculinidad de la época.

Este distanciamiento es también simbólico y se expresa en el miedo de Elena ante el entorno escolar, “su mamá temía que los niños de la escuela le enseñaran algo malo a Chucho” (Cuéllar, 2017: 32). Este miedo se corresponde con el pasado del niño, quien era enfermizo y escuálido, lo cual sugiere que Elena, como madre, deseaba proteger su salud, frente a los

descuidos, travesuras e incluso abusos de los niños. Esta aparente protección revela, sin duda, el deseo de mantenerlo lejos de la normatividad masculina,³ donde lo femenino aún puede moldear su identidad, bajo la supuesta preocupación por su integridad.

Para el narrador, la identidad de género de Chucho debería corresponder con su sexo anatómico; sin embargo, para la viuda, el cuerpo feminizado de su hijo mayor se presenta como un repertorio de posibilidades, como un conjunto de disfraces potenciales (Rico Alonso, 2018: 69). Este cuerpo no solo abre un abanico de significaciones, sino que también sostiene la verosimilitud del travestismo en la figura de la china poblana. Tal representación no habría sido plausible si el cuerpo del protagonista se ajustara a los cánones masculinos del siglo XIX.

Otra parte del distanciamiento simbólico radica en un espacio social y político, en el que se vivió un periodo complicado. Por un lado, México se conformaba como un Estado-nación moderno e independiente y enfrentaba problemas sociales, económicos y políticos, además de la confrontación entre liberales y conservadores.⁴ Por el otro, Francia tenía interés en el país, como parte de su plan expansionista y por tener un espacio de influencia sobre el continente americano. En consecuencia, este contexto alimentó el rechazo a los franceses.

En resumen, el afeminado, pensado en el siglo XIX, se relaciona con representaciones en dos caminos. Uno de ellos es la adopción de comportamientos e indumentaria extranjeros, vistos como signo de prestigio social y económico para quien los adopta. El otro es quien mira a ese sujeto, que asocia lo francés con lo femenino, porque no coincide con la imagen que el país tenía sobre lo masculino —sin contar el rechazo a los franceses en México. Estas dos miradas se entrelazan y cada uno asocia lo francés de acuerdo con sus necesidades. Por supuesto, el afeminado no siempre mantenía relaciones sexuales con personas de su mismo sexo.

Breve descripción del pollo

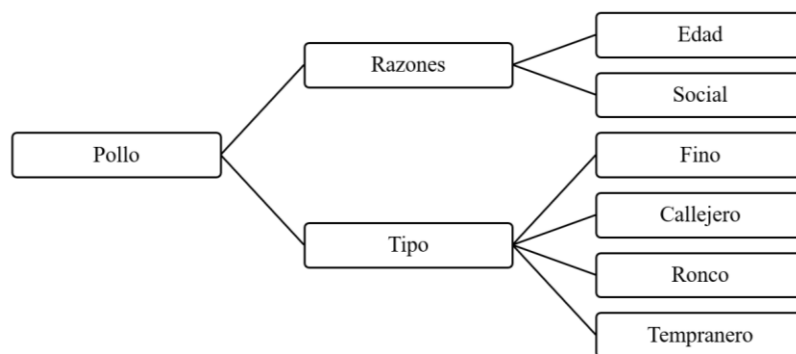
Cuéllar (1970) considera como pollo a un joven de entre doce y dieciocho años (razón de edad) que se dedica a actividades inmorales y tiene malas costumbres (razón social). El autor los clasifica en cuatro tipos. El primero de ellos es el pollo fino que nació en una familia acaudalada. Su madre es una mujer católica (*gallina mocha*) y su padre un violento (*gallo de pelea*), representaciones de las familias ricas y conservadoras, que tienden a la hipocresía y el uso de la religión para controlar. Son cercanos a los eclesiásticos y es posible deducir que tienen una cercanía con el antiguo régimen. Este joven es ocioso, inútil y corrompido por la riqueza de sus padres. Su inutilidad se complementa algunas veces con una belleza sin igual

y la compensa con sus habilidades sociales, aunque finalmente no es productivo y no mantiene ni acrecienta las riquezas familiares.

El segundo es el pollo callejero. Cuéllar (1970) explica que este es bastardo o no tiene madre y es hijo de reformistas, tribunos, héroes, matones y descreídos. Su descripción parece ser imprecisa, a diferencia del primero. Este es un liberal extremo, que no reconoce la importancia de la religión y sus valores morales, ni su impacto sobre las buenas conductas. Con estos dos, Cuéllar advierte la peligrosidad de los extremos.

La descripción del tercer pollo, el ronco, es ambigua: “la raza del callejero que llega al auge de su ponderancia, que es el plagio” (Cuéllar, 1970). Esto permite cierta apertura que lleva a suponer dos puntos. El primero de ellos es que este pollo no cuenta con riquezas y asume unas conductas ajenas a su situación económica, lo cual lo hace ver como una figura extraña e inverosímil. Sin embargo, sus habilidades sociales le permiten cierto reconocimiento e integración. El segundo punto es que es un pollo que, si bien roba y adquiere una identidad ajena (plagio), acapara la atención de los demás y puede usarlo para actividades ilícitas —claro, los demás pollos también tienen comportamientos y actúan de manera inmoral. El último de los pollos es el tempranero, que puede ser alguno de los otros dos, pero su diferencia es la edad, es más joven, pero con más vicios y el corazón más gastado.

Diagrama 1 El pollo



Fuente: Elaboración propia a partir de Cuéllar (1970)

El pollo también se interesa por seguir las modas y las conductas francesas. Se preocupa por su apariencia física para ser visible en sociedad, aunque algunas veces suelen ser ayudados por un ser querido, principalmente la madre, o un criado. Con esta figura, Cuéllar señala de manera satírica que la juventud y la familia tradicional (como institución) están en constante amenaza por la influencia francesa, que no solo se advierte en la indumentaria y el gusto por objetos lujosos (cierto materialismo), sino por los comportamientos y acciones que se oponen a las reglas

morales del católico. Además, el autor advierte que estos jóvenes no siempre son controlados por sus padres y tampoco ellos aplican las medidas suficientes para corregirlos. Con lo anterior, se deduce que Cuéllar, lejos de presentar un programa extremista, ofrece una mirada en la que critica los extremos y los descuidos de los padres en favor de una restauración del núcleo familiar tradicional.

Ahora bien, considerando tanto al pollo —con su notable relación con el petimetre y la moda del cortejo— como al afrancesamiento (visto desde la moda y el comportamiento) se advierte una tendencia que se quiere prevenir y corregir, debido a su impacto en una sociedad mexicana del siglo XIX, mayoritariamente católica. Tal tendencia ofrece un peligro no solo para conservadores, que miran los intereses de la Iglesia y las creencias católicas —ya que esas conductas afectarían las buenas costumbres e incluso provocarían una pérdida de poder—, sino también para los intelectuales y filósofos liberales reales, que la miran como una simplificación de las ideas ilustradas y liberales. Esa superficialidad relaciona el liberalismo con esas conductas y no con un programa político e ideológico que busca la libertad y el raciocinio, sin la injerencia totalitaria de la Iglesia. La construcción del petimetre no coincide, sin duda, con los discursos conservadores y liberales, los cuales guardan diferencias y se confrontan.

Con el tiempo, el afrancesamiento y esos modos de actuar (cortejo, adopción de palabras francesas sin saber con exactitud su valor, el aprecio por lo extranjero en lugar de lo nacional y el culto al cuidado y la belleza) son considerados negativos y ajenos por un discurso conservador, que construye unas representaciones en donde la línea rectora es el afeminamiento. Tanto el afrancesamiento (moda y comportamiento) como el culto exagerado a la belleza comienzan a asociarse con lo femenino, que se mira desde lo masculino. El problema real radica en saber qué se entiende por masculino y por femenino en un período tan conflictivo como ese siglo.

La figura de Chucho

Chucho es descrito como un niño guapo, dócil, manso, dulce e inocente, que vivía con su madre Elena y con Refugio, la sirvienta que también se desempeñaba como nana. Para Elena, Chucho es una suerte de maniquí para explorar y experimentar en las modas de la época hasta que “había agotado ya todas las modas” (Cuéllar, 2017: 37) y decidió vestirlo de mujer, de china.

Cuéllar no ofrece una descripción detallada de las prendas infantiles, como en el caso de algunos adultos. No obstante, las pocas líneas que proporciona permiten darse una idea de que Elena le compra la mejor ropa de moda para niños. Esta situación no solo construye la imagen de una mujer preocupada por cuidar el aspecto de su hijo, sino por malcriarlo y volverlo un hijo

tiránico, que encuentra las menores oportunidades para establecerse como una figura dominante, a partir de la madre. Por ejemplo, el hecho de que Chucho quería golpear a otro niño por simple capricho y Elena pagó para que lo hiciera. Su comportamiento se construye por influencia de otros, o eso parece advertirse con las menciones sobre los regalos, la madre cediendo, las reprimendas sin haber alguna falta y los chantajes del niño. Con el tiempo, Chucho adquirió ciertos comportamientos y vicios, como consecuencia de procurar en exceso su imagen y su belleza.

Chucho procuró olvidar la prosa de su infancia desde que empezó a hacer el papel de potentado, y despreciaba todo lo que no estuviera en armonía con su refinamiento y sus pretensiones de gran señor.

Chucho llegó a tener un solo culto, su persona. Un solo deseo, parecer bien.

El esmero que empleaba en su persona absorbía la mayor parte de su tiempo, y se exhibía en el resto que le quedaba libre, seguro de aumentar el número de sus conquistas (Cuéllar, 2017: 237).

Este fragmento pertenece al apartado en donde Chucho recibe a su madre y a sus medios hermanos, luego de que él regresara a México. El fragmento presenta elementos importantes, que no solo destacan sus conductas, definidas en varias ocasiones como viciosas, sino su afeminamiento mediante la adopción de lo francés. Primero, parece que olvidó las enseñanzas de sus primeros años, aunque con ciertas carencias, y las sustituyó por acciones para aparentar de manera más efectiva el papel de potentado. En este sentido, todas sus acciones y comportamientos giran en torno a mostrar una imagen pública acorde a sus necesidades, evidenciar una supuesta riqueza financiera. Este juego de máscaras tiene un costo alto y es condición moral y ética.

Desde el discurso conservador, esta decadencia pudo deberse a la influencia de otras ideas, que comprometieron su equilibrio espiritual-religioso. Desde el liberal, este personaje solo expresa supuestos y superficialidades, sin realmente comprender los valores liberales de la época; además es una extensión de un poderío económico que solo evidencia las desigualdades sociales —la imagen de su madre, venida a menos y con hijos feos (como los mira Chucho), contrasta con el supuesto de que él es rico. El punto de contacto entre estos discursos es la decadencia moral, bajo el pretexto de la apariencia y el culto a la figura y la imagen.

Segundo, la preocupación por la imagen pública lleva a un desequilibrio espiritual, en comparación con la supuesta armonía entre el refinamiento de Chucho y sus pretensiones de gran señor. Este se debe a la vanidad, vista desde tres sentidos. Uno de ellos es el exceso de autovaloración, en el que se siente superior sobre los demás y recurre a estrategias para remarcar ese sentimiento, tales como la moda, la dicción y el maltrato a los otros.

Por otra parte, está su creencia excluyente en las cosas mundanas, alejándose de los ejercicios espirituales e intelectuales en pro de la humanidad. Chucho prefiere rodearse de cuestiones materiales y pasajeras (tales como el dinero, la vestimenta y los viajes), en lugar de ejercitar su moral y su raciocinio. Tanto el conservador como el liberal lo miran como un ejercicio vano y reprochable, que no permite un desarrollo óptimo.

El último sentido es la pretensión de aparentar, que es solo un espejismo de la decadencia, bajo unas falsas expectativas de vida —la riqueza satisface ciertas necesidades, pero no siempre—. Esta representación forjada le permitió, sin duda, engañar para aumentar el número de sus conquistas; tiende un puente hacia la lujuria y los encuentros casuales.

El último punto es el afeminamiento, sobre el que son relevantes unas cuantas precisiones. Si bien, se educó en sus primeros años en escuelas para niñas y creció en un ambiente femenino —su ambiente familiar se reducía al contacto con su madre y su nana—, Chucho pareció optar por seguir encarnando esos valores, en lugar de adherirse plenamente a los códigos tradicionales de lo masculino. Su crianza tuvo una repercusión importante, más por lo permisible que fueron las mujeres que lo rodearon, así como las posibles reprimendas que pudieran ayudarle a advertir que ciertas acciones y conductas no son apropiadas. El capítulo VIII narra la *azotaina inquisitorial* que Elena le propinó cuando ella escuchó las observaciones y las críticas de otras personas sobre la crianza de su hijo. Esta golpiza confundió a Chucho porque realmente no había nada que ameritara tal castigo. Con ese capítulo, el autor evidencia lo importante de la crianza.

La inclinación de Chucho por tener un estilo de vida particular influyó también en adquirir este afrancesamiento, que no solo evidenciaba sus conductas y sus pretensiones, sino el afeminamiento. Para la época, lo francés también tenía una connotación femenina para los mexicanos decimonónicos, en oposición a lo masculino. Por supuesto, eso denostaba a toda una cultura por múltiples intereses e intenciones y uno de ellos fueron las razones políticas. Francia intervino dos veces en México y en la segunda ocasión logró instaurar temporalmente a Maximiliano y Carlota de Habsburgo para gobernar el país. Entonces, una manera de contrarrestar y oponerse a los franceses era mediante representaciones que disminuyeran sus valores y su impacto. En otras palabras, asociar lo francés con lo femenino implicaba reducir su valor y a la vez burlarse.

No obstante, señalar el afeminamiento del personaje tenía la intención de advertir que sus comportamientos no son acordes y reducirlo por una técnica satírica que consiste en eliminar y mostrar una imagen que no corresponde, en este caso, a la que el personaje se aduce. El autor

de la novela no ofrece en ningún momento escenas o detalles en los que el protagonista entabla relaciones sexuales de manera explícita con otros hombres, más bien señala que cortejaba a mujeres. En este sentido, no hay indicios de que Chucho sea un sodomita, más bien un pollo.

Discusión y conclusiones

La lectura de *Historia de Chucho el ninfo* mediante la moda afrancesada y la representación del afeminado quiso comprender cómo José Tomás de Cuéllar reveló las tensiones entre tradición y modernidad, entre lo nacional y lo extranjero y entre los modelos normativos y las disidencias de género, considerando que lo distinto no siempre es bien visto.

Además, tal lectura se distanció de las interpretaciones que consideran al texto como un antecedente de la novela homosexual mexicana. Ciertamente, en la obra se juega con corporalidades y deseos no normativos, pero su potencia simbólica no reside en la representación de la homosexualidad. Por un lado, el concepto contemporáneo de homosexualidad no se corresponde del todo con los modos de representación y percepción de la sexualidad decimonónica, la cual aún se trata, al menos en el México de esa época, desde el discurso conservador, tradicional y bajo la influencia del catolicismo.

Por el otro lado, el autor retrata a Chucho como un pollo, que es el heredero del petimetre, influido por la moda francesa y relacionado con una afectación estética que no coincide con los ideales de virilidad republicana. Es decir, el pollo es más una performatividad desviada de la masculinidad normativa.

La potencia simbólica de la novela también reside en su capacidad para trastocar categorías, tales como clase, nación y género, desde una posición liminal. Esto lo realiza con la figura del pollo, que deviene en un operador simbólico multifuncional: critica la frivolidad de la élite mexicana, a pesar de las evidentes diferencias entre los grupos sociales; advierte sobre los peligros del afrancesamiento, sus costos (comprar vestidos *à la mode française* implica invertir sumas de dinero, que bien podría usarse para, por ejemplo, cubrir las necesidades básicas), los intereses franceses en territorio americano y escenifica las transformaciones de las relaciones y los códigos de género. En este sentido, Chucho es más una figura política que una sexual, una máscara satírica que evidencia las contradicciones y los absurdos de la modernidad mexicana.

La moda articula un lenguaje de jerarquías, deseos y exclusiones. La vestimenta de don Pedro María y Pérez marca las diferencias y la aspiración de una buena parte de los grupos sociales, con el artificio del cuerpo vestido.

Finalmente, *Historia de Chucho el niffo* se entiende como un texto fronterizo en múltiples sentidos: está en los márgenes del canon literario, se sitúa en la intersección de géneros (novela folletinesca, costumbrismo, sátira), y aborda personajes que habitan los límites del género, la clase y la identidad nacional. La figura del pollo, como centro articulador de la narración, permite pensar estas fronteras no solo como bordes que separan, sino como zonas de contacto y de conflicto, donde se negocian los significados de lo mexicano, lo masculino y lo moderno.

Referencias

- Chaves, J. R. (2018). "Afeminados, hombrecitos y lagartijos". En Schuessler M. K. y Capistrán M. (editores), *México se escribe con J. Una historia de la cultura gay*. Edición corregida y aumentada (pp. 55-79). México: Penguin Random House Mondadori.
- Cuéllar, J. T. (1970). *Ensalada de pollos y baile y cochino*. México: Porrúa.
- Cuéllar, J. T. (2017). "Historia de Chucho el niffo". En Clark de Lara, B. y A. L. Zavala Díaz (eds.), *Historia de Chucho el Niffo y Los fuereños* (pp. 29-323). México: Penguin Random House Mondadori.
- Féray, J. C. (1981). "Une histoire critique du mot homosexualité (1)". *Arcadie* [en línea], núm. 325, enero, Francia. Recuperado el 17 de febrero de 2025, de <http://ddata.over-blog.com/0/05/17/99/DOSSIER1/UNE-HISTOIRE-CRITIQUE-DU-MOT-HOMOSEXUALITE-JEAN-CLAUDE-FERA.pdf>
- Gutiérrez, L. G. (2010). "El cuerpo urbano y las calles de la piel en *El diario de José Toledo*. Primera novela mexicana de temática homosexual". *Temas y variaciones de literatura*, núm. 34, enero, pp. 165-175. Recuperado el 17 de febrero de 2025, de http://zaloamati.azc.uam.mx/bitstream/handle/11191/4475/El_cuerpo_urbano_y_las_calles.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Hamnett, B. (1999). "Liberales y conservadores ante el mundo de los pueblos, 1840-1870". En Ferrer Muñoz, M. (coord.), *Los pueblos indios y el parteaguas de la Independencia de México* (pp. 167-207). México: Instituto de Investigaciones Jurídicas-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hamnett, B. (2013). *Historia de México*. México: Akal.
- Jordan, M. D. (2002). *La invención de la sodomía en la teología cristiana*. España: Laertes.
- Jordan, M. D. (2007). *The Ethics of Sex*. Oxford: Blackwell Publishing, 2007.
- Krafft Ebing, R. (1894). *Psychopathia sexualis*. Londres: F. J. Rebman. Recuperado el 17 de febrero de 2025, de <https://archive.org/details/PsychopathiaSexualis1000006945/page/n5/mode/2up>

- Ministerio de Cultura (2024a). "Complementos de moda durante el siglo XIX". *Cultura*. 2024. Recuperado el 17 de febrero de 2025, de <https://www.cultura.gob.es/dam/jcr:692111e5-0904-4c33-95ad-c01b1796560c/3-hojadesala-complementos.pdf>
- Ministerio de Cultura (2024b). "La moda masculina durante el siglo XIX". *Cultura*. Recuperado el 17 de febrero de 2025, de <https://www.cultura.gob.es/dam/jcr:55448a26-9a93-46f6-be7f-935f685d8bfd/1-hojadesala-modamasculina.pdf>
- Martín Gaite, C. (2017). *Usos amorosos del dieciocho en España*. España: Siruela.
- Martínez de las Heras, Agustín (1988). "La crítica al gusto afrancesado en la España de Carlos IV: el fenómeno 'currutaco'". *Revista de Historia das ideias*, núm. 10, pp. 385-411.
- McKee Irwin, R. (2003). *Mexican Masculinities*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Monsiváis, C. (2013). "Los 41 y la gran redada". En Castrejón, E. A. y R. McKee Irwin (eds.), *Los cuarenta y uno: novela crítico-social* (pp. 35-62). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rico Alonso, J. G. (2018). "Propuesta de estudio del travestismo en la narrativa mexicana del siglo XIX". *Signos literarios*, vol. XIV, núm. 28, julio-diciembre, pp. 58-81.
- Solórzano Telechea, J. Á. (2012). "Poder, sexo y ley: la persecución de la sodomía en los tribunales de la Castilla de los Trastámara". *Clío y crimen*, núm. 9, pp. 285-396.
- Tomás y Valiente, F. (2001). "El crimen y el pecado *contra natura*". *Orientaciones: revista de homosexualidades*, núm. 1, enero 2001, Fundación Triángulo, pp. 105-128. Recuperado el 17 de febrero de 2025, de <https://salutsexual.sidastudi.org/resources/inmagic-img/DD23410.pdf>
- Tuñón, J. (2008). "Ensayo introductorio. Problemas y debates en torno a la construcción social y simbólica de los cuerpos". En Tuñón, J. (comp.), *Enjaular los cuerpos: normativas decimonónicas y feminidad en México* (pp. 11-65). México: Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer- El Colegio de México

Adso Eduardo Gutiérrez Espinoza: es licenciado en Letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas; Maestro en Humanidades: Estudios Literarios por la Universidad Autónoma del Estado de México, Doctor en Literatura Hispanoamericana por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Doctorante en Crítica de la Cultura y la Creación Artística por la Universidad Autónoma del Estado de México. Se desempeña como escritor profesional, editor e investigador independiente. Sus líneas de investigación son: Sátira, Literatura perseguida de la Nueva España (siglo XVIII), Minorías en la literatura mexicana, La edición crítica y la producción editorial, y Literatura y filosofía

Janitzio Alatríste es Doctor en Artes por la Universidad de Guanajuato. Ha participado en exposiciones individuales y colectivas en diversas regiones del país; además ha publicado en revistas y libros respecto a la investigación del arte, el comic y el dibujo. Respecto a sus

influencias artísticas reconoce a Jacques Lacan, al Mtro. Humberto Chávez Mayol y al Mtro. Octavio Gil Villegas; Kathe Kollwitz Sergio Toppi y Alberto Brescia y su manejo expresionista de la figura humana en representación del campo de lo complejo del sujeto, que abarca lo noble y lo abyecto.

¹ Se refiere en general al sexo anal. El concepto de sodomía nació en el seno de la tradición bíblica, a partir del relato de Sodoma y Gomorra, ciudades destruidas por el comportamiento de sus habitantes. Si bien, el término está estrechamente vinculado con una visión religiosa del cuerpo y la sexualidad, se retoma aquí con la finalidad de subrayar su peso histórico y doctrinal en la configuración de ciertos discursos morales. Para la doctrina católica, este tipo de penetración contradice a lo natural y lo esperado en la reproducción humana, porque la procreación se invalida y, por tanto, no hay una continuación de la especie (Tomás y Valiente, 2001: 109). Existen dos tipos de sodomía: la perfecta (entre dos varones), y la imperfecta (entre hombre y mujer).

² El concepto aparece en dos artículos anónimos publicados en Leipzig, en 1869, que posteriormente se adjudicaron a Karl Maria Benkert. Estos documentos presuntamente se enviaron a un ministro de justicia para apoyar la revocación de las leyes contra la sodomía (Féray, 1981). A diferencia de las ideas conservadoras y tradicionales, que catalogaban la homosexualidad o la sodomía como viciosas, Benkert argumentaba era un estado innato. Se abordaba como una conducta o deseo con el que se nace y se exterioriza en el sujeto. Por supuesto, el argumento se ha extendido y se han desarrollado discusiones sobre si se nace o se hace homosexual. Si bien la crítica de Benkert no tuvo la mejor de las suertes, su neologismo se mantuvo. El concepto fue incorporado al discurso médico y durante buena parte de los siglos XIX y XX se concibió como una patología, una desviación sexual o una anomalía del desarrollo psicosexual. Esto quizá ocurrió cuando el psiquiatra alemán Richard von Krafft-Ebing lo incluyó en su libro *Psychopathia sexualis*. Este médico catalogó las desviaciones sexuales en cuatro grupos, paradoxia, anestesia, hyperesthesia y paraesthesia, e incluye a la homosexualidad en la última categoría. Para él, era un deseo sexual que se enfocaba hacia un objeto equivocado, en este caso una persona del mismo sexo (Krafft Ebing: 1894). Al ser situada dentro del discurso médico y tratada como una desviación sexual, fue objeto de estigmatización, diagnóstico y, en muchos casos, intervención terapéutica o de conversión.

³ Robert Mckee Irwin (2003) propone que la conformación de lo masculino en México fue un proceso lento, porque se configuraba también lo heterosexual y el miedo que provocaba el deseo heterosexual. El autor estadounidense ofrece una visión en la que el discurso conservador cristiano y el deseo (erotismo) se confrontan; ahí se desarrollan ciertos temores y estereotipos, uno de ellos es asociar a las mujeres con un temperamento frágil y cambiante que puede romper las relaciones.

⁴ Para profundizar sobre el tema de la polémica entre liberales y conservadores, así como la formación del Estado mexicano moderno, se recomiendan los siguientes textos de Brian R. Hamnett: *La reconstrucción, 1867-1940* (2013) y *Liberales y conservadores ante el mundo de los pueblos, 1840-1870* (1999).